

## Posibilidades americanas del Perú

En un artículo anterior, “El Perú en el renacimiento americano”, llevé al lector de viaje, de la costa de Lima a una altiplanicie de la sierra, la puna de Junín, y ahí le dejé, a más de 4 000 metros de altura, en la grandiosa y desnuda extensión azotada por los vientos desbocados, apedreada por los honderos del granizo, asae-teada por los rayos del sol, sometida a los caprichos de un cielo más grandioso que ella y convenientemente amueblado con las más diversas nubes, en las que oculta los recursos de su escenografía. Pero, además de los dioses meteorológicos y los rebaños de vicuñas, guanacos, alpacas y llamas, de que hablé en aquel artículo, el viajero descubre en la puna unos puntos que a veces aparecen fijos y en algunos momentos se deslizan rápidos como si al fin los hubiera arrancado de su inercia y los hubiese precipitado a moverse no se sabe qué pausado desplazamiento del suelo o qué suave giro del aire.

En la puna se siente dar vueltas a la Tierra y la vista de los indios impávidos o apresurados aumenta el soroche o mareo de las alturas donde se enrarece el aire. ¿Qué espera ese indio acurrucado bajo su poncho en el cruce de dos senderos? Los Andes están rayados de senderos y estos senderos serranos llegan hasta las avenidas y los parques de Lima llevados por los pies de las mucamas andinas, las cuales, desdeñando las losas municipales, atraviesan por lo verde, no cada cual a su antojo, sino haciendo de todas las pisadas el mismo camino, el más indicado, la senda que, sin duda, debe seguirse. El indio es andarín. Pero ese acurrucado en el cruce de dos senderos que no mueve ni la punta de su gorro, ni un pliegue del poncho en que se guarece, esperará quién sabe cuántas horas, quizá días, y entonces, en la prolongada

espera, se moverá lo indispensable nada más, para sacar de su bolsita y ponerse en la lengua la coca y la cal. El indio permanece inmóvil incluso cuando corre. Así van corriendo rígidas, sin que se las vea mover los pies, cual títeres de madera o de barro colgados en un alambre, esas indias de la puna, apretadas en sus mantos y sus refajos de colorines, igual que las campesinas castellanas y extremeñas, pero con altos sombreros modernos de paja blanca que se dirían hallazgo genial de algún gran artista: de tal modo completan el vestido femenino indígena y español. Desperdigadas por el vendaval, las indias ligeras, se deslizan a 4 000 metros de altura, corren con sus pesados vestidos y su guagua u otra carga más pesada a la espalda; corren a guarecerse y se meten por el agujero de la puerta de sus casas sin ventanas.

Para ver muchos indios juntos, en multitud, hay que ir, naturalmente, a los mercados y a las ferias de los valles. Y mejor, más al sur, al Cuzco, que es la capital de los indios, o más abajo. En Sicuani, el mercado semanal reúne a veces cinco mil indios. Las mujeres no se sabe si sentadas o en cuclillas tapizan con sus refajos medio extendidos las plazas, las calles y los alrededores del pueblo. Todas venden algo que colocan en montoncitos delante de ellas; al otro lado de esos montoncitos se sitúa también el comprador en cuclillas o sentado. Cuando se agota un montoncito, la vendedora acude a una saca que tiene a su espalda y lo repone. Apenas si salen palabras de su boca; está chacchando, rumiando la coca cruda y la cal como condimento. Tales indias no son pobres y son muy inteligentes.

Subiendo del Cuzco al lago Titicaca, que es un mar interior, un mediterráneo, el más alto del mundo (3 915 metros), al que han sido subidos, cargados en mulas, buques de tres puentes, en el mercado indio de la frontera peruana se puede observar que existen vendedoras sin ningún montoncito delante. ¿Cuál es su comercio? Uno muy sutil: el de los banqueros. Son cambiadoras. Los trabajadores fronterizos, obligados a pasar frecuentemente la raya; los excursionistas que desean visitar la iglesia de Copacabana, ya en Bolivia, incitados por las que han visto en Juli; los camioneros, todo el pueblo que vive en la frontera yendo y viniendo de un lado al otro, se acerca a dichas cambiadoras para comprar o vender pequeñas cantidades, que no suelen ser redondas, de sures o soles. Indiferentes, las indias, en cuclillas o sentadas en el suelo, sacan de entre sus

refajos la cantidad exacta que deben dar contando su ganancia. No se equivocan nunca y son honradas, no piden nunca de más.

Las indias de los mercados y sus hombres, que penetran muy majos, con bellos ponchos, en los cafetines, son un síntoma evidente de la capacidad y sentido de adaptación de los indios, pero su relativamente buena apariencia resulta engañosa. El Perú se calcula que tiene ocho millones de habitantes; y de ellos, unos cinco mil son indios (de la sierra, los de la selva no entran en cuenta).

Los indios que ganan bien su vida en los mercados y los que trabajan en las minas o en cualquier empleo son la minoría de la minoría. Buena inmigración venida de lejos pero no de otros espacios, venida del fondo de los tiempos, salida de las entrañas de los Andes, si la mayoría de los indios tomara parte en la vida peruana, cuántas capacidades y cuánto dinero requeriría realizar esto. Pero, semejante inmigración del pasado se ha puesto en marcha hacia el presente; es ya, es todavía, nada más, nada menos, cuestión de tiempo, del tiempo, como he dicho. Se está resolviendo lentamente, muy lentamente, ella sola. Los indios de la sierra emigran a las ciudades de la costa y forman esos barrios, ahora por causas diversas surgidos en las afueras de las urbes modernas, llamados clandestinos porque se hallan fuera de la ley. Los barrios clandestinos de Lima son muy densos, empiezan a contener una parte considerable de la población.

En la puna de Junín no se ven los indios más lastimosos. Corren por ella, entre las indias y entre los vendavales, las ráfagas optimistas del tráfico, los numerosos camiones que van y vienen de las tierras cultivadas de la montaña a los mercados mineros. Porque siguiendo el viaje hacia el este, la puna desaparece, la tierra se cubre de verde y se puebla de árboles, se está en primavera —dicen que todo el año—; los pueblos —San Rafael, Ambo— son limpios y espaciosos; la población es de cholos —mestizos de indio y blanco—, sana, fuerte, inteligente, de natalidad abundante, pues por todas partes se ven chiquillos —las escuelas rebosan—, más cuidados y de mejor aspecto que los de Lima.

En el comienzo de la selva, en la cabeza de montaña, como dicen los peruanos, han fracasado los cultivos corrientes. Los experimentos de la granja de Tingo María han llevado a la conclusión de que puede cultivarse con éxito el café y el cacao, dos riquezas, sin olvidar que en la selva, como en la sierra y en la costa del Perú

la producción es difícil. No obstante, la carretera que seguimos desde Lima deja atrás a Tingo María, serpentea por la cordillera oriental que muestra en sus pendientes extensos cultivos y fábricas modernas de té y a continuación riscos con cascadas de tarjeta postal para los turistas. A partir del río Aguaytía, el paisaje se hace francamente selvático. La carretera nos lleva mucho más lejos, a uno de los dos ríos que se disputan la paternidad del río de la selva. Los geógrafos peruanos mantienen una viva polémica sobre si es el Marañón, como aseguraban las viejas geografías, o el Ucayali a quien hay que reconocer como verdadero padre del Amazonas: el Ucayali viene de más lejos, es más largo; pero ¿aporta más caudal (de agua) al Amazonas que el Marañón? Esta disputa de genealogía fluvial podría resolverse haciendo a uno de los dos ríos padre y al otro madre, pues, en realidad, el Marañón y el Ucayali no afluyen el uno en el otro, se unen, se casan. El problema quedaría reducido a determinar los caracteres sexuales de los ríos.

Se ha hablado mucho y se ha hecho la alegoría siempre, en las letras y las artes, del padre río, con sus barbas. Admitido que haya ríos-padres, debe de haber, a su vez, ríos-madres, aunque sea necesario afeitárlas. En Francia, de sus cuatro ríos principales sólo uno es masculino: el Ródano. Los otros tres se depilan. En castellano todos los ríos son masculinos; los femeninos se llaman rías y son híbridas del dulce río y la salada mar. Y la mar o el mar es hermafrodita.

En la selva peruana no será fácil decidir cuál de los dos, el Marañón o el Ucayali, es el río-padre o el río-madre. Lo que parece seguro es que el río-hijo, el río de las Amazonas, es masculino: no se podía decir la Amazonas por el Amazonas. En fin, como no me cabe la selva honda con sus ríos, sus vías de penetración, en el presente artículo, no tengo más remedio, antes de seguir selva adentro, que dejar esperando al lector, como también tuve que dejarlo en el artículo anterior y, si entonces lo dejé en medio de la puna, ahora lo dejo a orillas del Ucayali —dos puntos de vista de la Tierra muy diferentes pero que producen la misma sensación de grandiosidad.

*(El Nacional, 29 de agosto de 1956)*